

**«CON AMOR ETERNO TE AMÉ,
TUVE PIEDAD DE TU NADA»**

(Jr 31,3)

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rimini, 29 abril 2016

Apuntes de la Introducción de Julián Carrón

No hay en nuestra vida ningún acto que sea verdaderamente consciente si no parte de la conciencia de ser pecadores. «Estamos aquí porque reconocemos ante todo esta verdad: que somos pecadores. Si os sentís honestos, este no es el lugar donde debíais venir; sería todo inútil», nos decía don Giussani, porque «la conciencia de ser pecadores es la primera verdad del hombre que actúa en la vida y en la historia»¹. Pecadores, es decir, necesitados. De esta necesidad brota la súplica, la petición, como acabamos de escuchar en el *Réquiem* de Mozart: «Salva me, fons pietatis»². Como decía el publicano desde el fondo del templo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador»³. Pidamos al Espíritu que nos haga ser conscientes de que necesitamos Su misericordia.

Desciende Santo Espíritu

Empezamos estos días con la lectura del mensaje que nos ha enviado el papa Francisco:

«Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rimini y que llevan por título: “Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada” (Jr 31,3), Su Santidad el papa Francisco, al dirigir su saludo cordial y lleno de buenos deseos recuerda que el Jubileo de la Misericordia es ocasión propicia para redescubrir la belleza de la fe que pone en su centro el amor misericordioso del Padre que se ha hecho visible en el rostro de Cristo y que es sostenido por el Espíritu, que guía los pasos de los creyentes en medio de las vicisitudes de la historia. La misericordia es el camino que une a Dios y al hombre, abriendo el corazón a la esperanza de ser amados para siempre a pesar del límite de nuestro pecado. El Santo Padre desea que cuantos siguen el carisma del venerado mons. Luigi Giussani den testimonio de la misericordia profesándola y encarnándola en la vida a través de las obras de misericordia corporales

¹ “Este amado gozo sobre el que toda virtud se funda”, Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Apuntes de las meditaciones [de Luigi Giussani], Rimini 1993, sup. de *Litterae communionis-CL*, n. 6, 1993, p. 5.

² W.A. Mozart, *Requiem in re minore*, KV 626, III. Sequentia, no. 3 Rex Tremendae, CD “Spirto Gentil” n. 5.

³ Lc 18,13.

y espirituales y sean signo de la cercanía y de la ternura de Dios, con el fin de que la sociedad actual redescubra la urgencia de la solidaridad, del amor y del perdón. El Santo Padre invoca la protección celestial de la Virgen María y, a la vez que invita a todos a rezar por su ministerio petrino, imparte de corazón a usted y a todos los participantes la implorada bendición apostólica, haciéndola extensible a cuantos están conectados vía satélite y a toda la Fraternidad. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

«Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: “Es el Señor”. Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua». Y estando con él, «ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor»⁴. «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”»⁵.

Los relatos de las apariciones de Cristo resucitado registran constantemente el asombro de los discípulos al verle vivo delante de ellos. Lo que domina en ellos es su presencia viva, que determina su ser y su actuar.

Es conmovedor ver cómo Jesús se inclina sobre su necesidad, sobre el desconcierto que ha supuesto su pasión, su muerte: Él responde al miedo, al llanto, a la soledad, a las dudas y a la nostalgia de los discípulos con su presencia. ¿De dónde nace la urgencia que tienen? Después de todo lo que han visto y vivido durante años, ¿por qué es tan apremiante su necesidad? Porque toda la historia que han vivido con Jesús, los tres años que han pasado con Él, los hechos que han visto, las palabras que han escuchado no son suficientes para responder a la necesidad de su vida en el presente.

El recuerdo del pasado, por muy fascinante que sea, no es suficiente para vivir hoy. De hecho, los discípulos de Emaús se lo decían el uno al otro: «Nosotros esperábamos que Él iba a liberar a Israel, pero con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió»⁶. Todos los signos que habían visto, el tiempo que habían frecuentado su compañía, haber comido y bebido con Él, no bastaba para vencer el desconcierto, el miedo y la soledad que sentían. El llanto de María Magdalena quedará para siempre como una prueba de ello. La única respuesta que está a la altura de su necesidad es Su presencia viva. De este modo se revela a los discípulos, a través de su experiencia, la naturaleza

⁴ Jn 21,12.

⁵ Lc 24,30-32.

⁶ Lc 24,21.

propia del cristianismo. El cristianismo no es una doctrina, una ética, un sentimiento, sino el hecho de una Presencia que está presente, que domina la mirada de quien la intercepta, una presencia cuya única preocupación es mostrarse, llenar la vida de sus amigos hasta llegar a hacerles experimentar una vida sin miedo, sin tristeza, a pesar de que Él no esté con ellos como lo estaba antes de morir.

Esa presencia viva es lo que ellos tienen en común. Una presencia que constituye el único fundamento verdadero de su comunión. Y precisamente esta experiencia les hace ser más conscientes de la diferencia que ellos portan.

1. El estilo de Dios

Este modo de actuar de Dios, este revelarse a los discípulos después de la resurrección que les hacía ser tan distintos del resto de los hombres, hace todavía más apremiante la pregunta que hace Judas Tadeo a Jesús en la última cena: «Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?»⁷. Al retomar esta pregunta en su libro *Jesús de Nazaret*, Benedicto XVI añade: «¿Por qué no te has opuesto con poder a tus enemigos que te han llevado a la cruz? [...] ¿Por qué no les has demostrado con vigor irrefutable que tú eres el Viviente, el Señor de la vida y de la muerte? ¿Por qué te has manifestado solo a un pequeño grupo de discípulos, de cuyo testimonio tenemos ahora que fiarnos? Pero esta pregunta no se limita solamente a la resurrección, sino a todo ese modo en que Dios se revela al mundo. ¿Por qué solo a Abrahán? ¿Por qué no a los poderosos del mundo? ¿Por qué solo a Israel y no de manera inapelable a todos los pueblos de la tierra?»⁸.

Y he aquí su respuesta: «Es propio del misterio de Dios actuar de manera discreta. Solo poco a poco va construyendo *su* historia en la gran historia de la humanidad. Se hace hombre, pero de tal modo que puede ser ignorado por sus contemporáneos, por las fuerzas de renombre en la historia. Padece y muere y, como Resucitado, quiere llegar a la humanidad solamente mediante la fe de los suyos, a los que se manifiesta. No cesa de llamar con suavidad a las puertas de nuestro corazón y, si le abrimos, nos hace lentamente capaces de “ver”»⁹ y, por tanto, de comprender.

En este punto observa Benedicto XVI: «Pero, ¿no es este acaso el estilo divino? No arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor. Y lo que aparentemente es tan pequeño, ¿no es tal vez –pensándolo bien– lo verdaderamente grande? ¿No emana tal vez de Jesús un rayo de luz que crece a lo largo de los siglos, un rayo que no podía venir de ningún simple ser humano; un rayo a través del cual entra realmente en el mundo el resplandor de la luz de Dios? El anuncio de los

⁷ Jn 14,22.

⁸ J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret. De la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, Encuentro, Madrid 2011, p. 320.

⁹ *Ibidem*, p. 321.

Apóstoles, ¿podría haber encontrado la fe y edificado una comunidad universal si no hubiera actuado en él la fuerza de la verdad [la fuerza de lo Alto]? Si escuchamos a los testigos con el corazón atento y nos abrimos a los signos con los que el Señor da siempre fe de ellos y de sí mismo, entonces lo sabemos: Él ha resucitado verdaderamente. Él es el Viviente. A Él nos encomendamos en la seguridad de estar en la senda justa. Con Tomás, metemos nuestra mano en el costado traspasado de Jesús y confesamos: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20,28)»¹⁰. Y esto es lo realmente sorprendente, entonces igual que ahora.

El punto de partida de los discípulos era este hecho irrevocable. La conciencia de los discípulos estaba definida por la manifestación de Cristo, por el encuentro vivo con el Viviente. Y era este hecho justamente lo que suscitaba en ellos la pregunta: ¿por qué nos has elegido a nosotros? Esta pregunta les abría a la conciencia del método de Dios: elige a algunos para llegar a todos (elección, preferencia), y de su forma de actuar: un estilo discreto. El estilo divino es «no arrollar con el poder exterior, sino dar libertad, ofrecer y suscitar amor». Nos lo recuerda Péguy de forma asombrosa: «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente»¹¹.

Este método –la conciencia de este método– es particularmente importante en este momento porque, como dice el papa Francisco, «hoy no vivimos una época de cambio sino un cambio de época»¹². En los últimos años hemos hecho referencia repetidas veces a este cambio. La nueva situación, caracterizada por el desmoronamiento de antiguas seguridades, provoca también en nosotros, como en los discípulos, desconcierto, miedo y dudas sobre cómo situarnos ante ella.

Recientemente, en una extraordinaria entrevista, Benedicto XVI ha puesto de manifiesto la clave –la dimensión crucial– de este cambio de época: «Para el hombre de hoy, en comparación con el tiempo de Lutero y con la perspectiva clásica de la fe cristiana [dominada por la preocupación por la salvación eterna], las cosas han cambiado de dirección en cierto sentido [...]. Ya no existe el hombre que cree que necesita la justificación ante Dios, sino que considera que es Dios quien debe justificarse [ante el hombre] por todas las cosas horribles que hay en el mundo y por la miseria del ser humano, pues todo ello, en última instancia, dependería de Él»¹³.

Nos hallamos ante una verdadera inversión del peso de la prueba. Ahora es Dios, y no el hombre, quien debe de algún modo justificarse: esta es la situación en la que nos hallamos, es la «tendencia de fondo de nuestro tiempo»¹⁴. En cierto sentido, es Dios quien debe justificarse ante el hombre y no

¹⁰ *Ibidem*, p. 321.

¹¹ Ch. Péguy, *Los tres misterios. El misterio de los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 2008, p. 420.

¹² Francisco, *Discurso a los participantes en el V Congreso de la Iglesia Italiana*, Florencia, 10 noviembre 2015.

¹³ Benedicto XVI, «Qué es la fe», entrevista de Jacques Servais, *Avvenire*, 16 marzo 2016, p. 1.

¹⁴ *Ibidem*.

al contrario; es Dios, paradójicamente, quien –dicho en términos positivos– debe mostrar que está a la altura del hombre, de su petición, de su grito. «Las cosas se han dado la vuelta en cierto sentido», se ha invertido el peso de la prueba: esta carga le corresponde ahora a Dios, es Él quien debe demostrar que está a favor del hombre, que le es indispensable para vivir.

Es realmente asombroso ver con qué antelación había captado don Giussani los signos y el alcance de este cambio de época, y cómo había hecho de este giro la piedra angular de su método. Es como si Dios, Dios hecho hombre, y su presencia histórica aquí y ahora, que es la Iglesia, tuviese que justificarse delante de los hombres o –dicho con palabras que nos resultan más familiares– «tuviera que comparecer ante el tribunal donde tú eres juez a través de tu experiencia»¹⁵.

Esto es precisamente lo que caracterizó el comienzo de nuestro movimiento. Contrariamente a lo que pensaban muchos entonces, don Giussani se dio cuenta ya en los años cincuenta de que el cristianismo, aunque era el trasfondo tradicional común a todos, ya no interesaba a muchos de los jóvenes con los que se relacionaba en Milán y en la escuela. Para él era evidente que Dios hecho hombre, Cristo, tenía que “justificarse” de nuevo ante aquellos jóvenes que no querían saber nada de Dios, es más, que consideraban que tenían que liberarse por fin de Él. Por ello, el cristianismo tenía que ser propuesto de nuevo según su naturaleza, es decir, como un acontecimiento que invade la vida aquí y ahora y la cambia.

Sin querer imponer nada desde fuera, desde el primer día de escuela don Giussani se somete al tribunal de sus estudiantes, confía su propuesta al juicio de los alumnos : «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero para juzgar las cosas que os voy a decir»¹⁶.

Los elementos característicos de este método se resumen en el anuncio del cristianismo como acontecimiento que se propone a la verificación de nuestra experiencia. Por eso desde el principio, como muestra el primer capítulo de *El sentido religioso*, don Giussani hace conscientes a sus jóvenes interlocutores de que tienen dentro de sí mismos el criterio para juzgar la propuesta que les hará: el corazón.

Y en el tercer volumen, *Por qué la Iglesia*, subraya que la propuesta de Cristo, que llega a los hombres de hoy a través de la Iglesia, «quiere medirse» precisamente con ese criterio de juicio, «poniéndose a sí misma a merced de la experiencia humana auténtica. Ella somete su mensaje a la aplicación de los criterios originales de nuestro corazón. No requiere cumplir mecánicamente cláusula alguna, confía en el juicio de nuestra experiencia y, más aún, la solicita continuamente para que recorra su camino completamente. [...] La Iglesia repite con Jesús que puede ser reconocida y

¹⁵ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milán 2010, p. 300.

¹⁶ L. Giussani, *Educare es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

resultar creíble simplemente a causa de su correspondencia con las exigencias elementales del hombre en su expresión más auténtica. Es lo que Jesús entendía con la frase, ya citada anteriormente, en la que promete a sus discípulos “el ciento por uno” en esta tierra». Continúa don Giussani: «Es como si la Iglesia le dijera también al hombre: “Conmigo obtendrás una experiencia de plenitud de vida que no encontrarás en ninguna otra parte”. La Iglesia se pone a sí misma a prueba sobre el filo de la navaja de esta promesa al proponerse como prolongación de Cristo para todos los hombres»¹⁷.

¿Cuál es, por tanto, la justificación de Dios ante el hombre, ante nosotros? La justificación de Dios se llama «correspondencia», una correspondencia de otro modo imposible a las exigencias profundas e inextirpables de cada hombre, del hombre real, esas exigencias que, a pesar de sí mismo, le persiguen mediante una inquietud incurable después de cada conquista. Dios se justifica ante el hombre por esa “mejora”, por ese florecimiento que Él genera en la vida, por esa humanidad plena que introduce en la existencia y que el hombre no puede obtener solo con sus fuerzas.

En definitiva, la Iglesia no puede hacer trampas, insiste don Giussani, porque «todo lo que dice y hace está totalmente a disposición de la verificación de cualquiera. Su fórmula es: ¡Verifícalo tú! Abandona completamente su propuesta al contenido de tu experiencia: eres tú el que juzga. ¡No hay mayor apertura que esta! [...] La Iglesia no hace trampas en el sentido de que no impone nada que tú, si no estás persuadido, estés igualmente obligado a reconocer»¹⁸.

2. «Signo de los tiempos»

¿Cómo puede justificarse la Iglesia ante nosotros y ante el hombre de hoy? Es necesario identificar bien la cuestión, como nos ha repetido con frecuencia don Giussani citando a Niebuhr: «No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se plantea»¹⁹. Hace falta captar cuál es el problema y cómo se plantea para que podamos percibir la respuesta como algo creíble.

¿Y cuál es la pregunta del hombre de hoy? El papa Benedicto la expresa de este modo en la entrevista antes citada: «La percepción de que nosotros necesitamos la gracia y el perdón»²⁰. Consecuentemente, la Iglesia podrá justificarse ante el hombre de hoy si responde a esta necesidad suya de gracia y de perdón.

Esta es la razón que lleva a Benedicto XVI a afirmar: «Para mí es un “signo de los tiempos” que la idea de la misericordia de Dios sea cada vez más central y dominante». Ya «el papa Juan Pablo II estaba profundamente impregnado de este impulso. [...] A partir de las experiencias en las que desde

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, p. 294.

¹⁹ R. Niebuhr, *Il destino e la storia*, BUR, Milán 1999, p. 66 (Id., *The Nature and Destiny of Man*, II, pp. 6-7).

²⁰ Benedicto XVI, «Cos'è la fede», entrevista de Jacques Servais, *Avvenire*, 16 marzo 2016, p. 1.

los primeros años de su vida pudo constatar toda la crueldad de los hombres, él afirma que la misericordia es la única verdadera y definitiva reacción eficaz contra el poder del mal. Solo allí donde hay misericordia acaba la crueldad, acaban el mal y la violencia»²¹. Juan Pablo II no hizo sino proponer la misericordia como única respuesta verdadera al mal y a la violencia. «El papa Francisco está totalmente en sintonía con esta línea. Su práctica pastoral se expresa justamente en el hecho de que él nos habla continuamente de la misericordia de Dios. Es la misericordia lo que nos mueve hacia Dios [es la misericordia lo que nos atrae], mientras que la justicia nos asusta. [...] En mi opinión», continúa este observador agudo que es Benedicto XVI, «esto pone de manifiesto que bajo la capa de la seguridad en sí mismo y de la propia justicia, el hombre de hoy esconde un profundo conocimiento de sus heridas y de su indignidad ante Dios. Él está esperando la misericordia. No es casual que la parábola del buen samaritano sea tan atractiva para nuestros contemporáneos. Y no solo porque en ella se subraye fuertemente el componente social de la existencia cristiana», sino porque, observa Benedicto XVI, ella habla de cómo «los hombres en su interior esperan que el samaritano acuda en su ayuda, que se incline sobre ellos, derrame aceite sobre sus heridas, los cuide y los lleve a un lugar seguro. Ellos saben en última instancia que necesitan la misericordia de Dios y su delicadeza. En la dureza de un mundo tecnificado en el que los sentimientos ya no cuentan nada, aumenta la espera de un amor salvífico que se done gratuitamente. Me parece que en el tema de la misericordia divina se expresa de un modo nuevo lo que significa la justificación por la fe. A partir de la misericordia de Dios, que todos buscan, es posible también hoy interpretar desde el principio el núcleo fundamental de la doctrina de la justificación y mostrarlo en toda su relevancia»²².

Esta descripción de Benedicto XVI ha sido plenamente acogida por su sucesor. Siendo profundamente consciente de la necesidad que todos tenemos de la misericordia de Dios, la genialidad del papa Francisco consiste en haber convocado el Año Santo de la Misericordia. En el papa Francisco (al igual que en Juan Pablo II y en Benedicto XVI, como acabamos de ver) se da una profunda sensibilidad hacia el hombre contemporáneo, una inteligencia de su condición, un sufrimiento por sus inquietudes y sus heridas que sorprende y descoloca con frecuencia dentro y fuera de la Iglesia, porque rompe las medidas habituales, los esquemas consolidados de una parte y de la otra.

Ante la pregunta del entrevistador: «*En su opinión, ¿por qué este tiempo nuestro y esta humanidad nuestra tienen tanta necesidad de misericordia?*», el papa Francisco responde: «Porque es una humanidad herida, una humanidad que arrastra heridas profundas. No sabe cómo curarlas o cree que no es posible curarlas». Este es el drama al que se llega hoy: «Considerar nuestro mal,

²¹ *Ibidem.*

²² *Ibidem.*

nuestro pecado, como incurable, como algo que no puede ser curado y perdonado. Falta la experiencia concreta de la misericordia. La fragilidad de los tiempos en que vivimos es también esta: creer que no existe posibilidad alguna de rescate, una mano que te levanta, un abrazo que te salva, que te perdona, te inunda de un amor infinito, paciente, indulgente; te vuelve a poner en camino»²³. Se percibe en el papa Francisco una inteligencia del problema y del camino, es decir, cuáles son las heridas y qué puede curarlas, cómo se pueden curar.

El hombre contemporáneo necesita «la experiencia concreta de la misericordia». Incluso frente a la confusión del pensamiento que afecta a tantas personas, el Papa sabe que no se puede recuperar la ontología –es decir, la verdad del ser humano, la conciencia clara de ella– simplemente con un discurso correcto sobre el hombre o con una repetición del contenido de la doctrina moral, sino únicamente a través de la experiencia de la misericordia, que puede abrirnos para comprender incluso la doctrina.

Por eso el Papa no ha organizado un congreso sobre la misericordia para responder a las heridas profundas del hombre contemporáneo, no ha elaborado una reflexión en abstracto sobre el tema, sino que ha promovido un gesto que nos permitiese en primer lugar a nosotros hacer experiencia de la misericordia durante todo un año, acompañándonos a la hora de vivirlo con su reclamo continuo.

Para intervenir realmente en las dificultades del hombre, para responder al hombre concreto con su carga de fragilidad, la Iglesia –por tanto cada uno de nosotros– tiene ante todo la necesidad de experimentar el abrazo de la misericordia de Dios, de modo que pueda comunicárselo a sus hermanos los hombres, con los que se encuentra a lo largo del camino.

Esta es la finalidad del Jubileo de la Misericordia, en sintonía con el método «discreto» de Dios: llegar a todos a través de los suyos, es decir, a través de la compañía de aquellos que Él elige y que le reconocen: la Iglesia. Al proponer un Jubileo de la Misericordia, el Santo Padre nos muestra que no sucumbe al error de dar por descontado el sujeto que debe testimoniar la misericordia y el “lugar” en el que dicho sujeto es generado²⁴.

Esta conciencia de la finalidad y del método se puede ver en el hecho mismo de plantear la pregunta: «¿Por qué un Jubileo de la Misericordia? ¿Qué significa esto?», y en el modo de responder. «La Iglesia» –es decir, cada uno de nosotros– «tiene necesidad de este momento extraordinario. No digo: es bueno para la Iglesia este momento extraordinario. Digo: la Iglesia

²³ Francisco, *El nombre de Dios es Misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, Planeta, Barcelona 2016, pp. 36-37.

²⁴ «En efecto, la fe necesita un ámbito en el que se pueda testimoniar y comunicar, un ámbito adecuado y proporcionado a lo que se comunica. Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca a la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad» (Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei*, 40).

necesita este momento extraordinario. [...] En nuestra época de profundos cambios, la Iglesia está llamada a ofrecer su contribución peculiar, haciendo visibles los signos de la presencia y de la cercanía de Dios. Y el Jubileo es un tiempo favorable para todos nosotros, para que contemplando la Divina Misericordia, que supera todo límite humano [...], lleguemos a ser testigos más convencidos y eficaces»²⁵. La finalidad es dar testimonio. El método es la contemplación, es decir, sumergirse en la experiencia de la misericordia, porque el primer necesitado es el pueblo cristiano, es decir, cada uno de nosotros.

En última instancia, ¿qué significa todo esto para nosotros? «Dirigir la mirada a Dios, Padre misericordioso, y a los hermanos necesitados de misericordia, significa orientar la atención hacia el *contenido esencial del Evangelio*: Jesús, la Misericordia hecha carne, que hace visible a nuestros ojos el gran misterio del Amor trinitario de Dios. Celebrar un Jubileo de la Misericordia equivale a poner de nuevo en el centro de nuestra vida personal y de nuestras comunidades lo específico de la fe cristiana, es decir, Jesucristo, el Dios misericordioso»²⁶. Sí, insiste el Papa en la Bula de convocación del Jubileo: «Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret»²⁷. El Año Santo, entonces, es «para *vivir la misericordia*. Sí, queridos hermanos y hermanas, este Año Santo se nos ofrece para experimentar en nuestra vida el toque dulce y suave del perdón de Dios, su presencia junto a nosotros y su cercanía sobre todo en los momentos de mayor necesidad»²⁸. Es Jesús resucitado quien se inclina hoy sobre nuestras heridas.

«Este Jubileo, en definitiva, es un momento privilegiado para que la Iglesia aprenda a elegir únicamente “*lo que a Dios más le gusta*”. Y, ¿qué es lo que “a Dios más le gusta”?», se pregunta el papa Francisco. «Perdonar a sus hijos, tener misericordia con ellos, a fin de que ellos puedan a su vez perdonar a los hermanos, resplandeciendo como antorchas de la misericordia de Dios en el mundo. [...] El Jubileo será un “tiempo favorable” para la Iglesia si aprendemos a elegir “*lo que a Dios más le gusta*”, sin ceder a la tentación de pensar que haya alguna otra cosa que sea más importante o prioritaria. Nada es más importante que elegir “*lo que a Dios más le gusta*”, es decir, su misericordia, su amor, su ternura, su abrazo, sus caricias»²⁹.

²⁵ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Francisco, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, 11 abril 2015, 1.

²⁸ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

²⁹ «También la necesaria obra de renovación de las instituciones y de las estructuras de la Iglesia es un medio que debe llevarnos a tener una experiencia viva y vivificante de la misericordia de Dios que, ella sola, puede garantizar a la Iglesia ser esa ciudad ubicada sobre un monte que no puede permanecer oculta (cf. Mt 5,14). Resplandece solo una Iglesia misericordiosa. Si olvidáramos, incluso por un momento, que la misericordia es “aquello que a Dios más le gusta”, cada uno de nuestros esfuerzos sería en vano, porque nos convertiríamos en esclavos de nuestras instituciones y de nuestras estructuras, por más renovadas que puedan estar. Pero seremos siempre esclavos» (Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015).

Y anticipando una posible objeción, tal vez leyéndonos el pensamiento, el papa Francisco añade: «Cierto, alguien podría objetar: “Pero, padre, la Iglesia, en este Año, ¿no debería hacer algo más? Es justo contemplar la misericordia de Dios, pero hay muchas otras necesidades urgentes”. Es verdad, hay mucho por hacer, y yo en primer lugar no me canso de recordarlo. Pero hay que tener en cuenta que, en la raíz del olvido de la misericordia, está siempre *el amor propio*. En el mundo, esto toma la forma de la búsqueda exclusiva de los propios intereses, de placeres y honores unidos al deseo de acumular riquezas, mientras que en la vida de los cristianos se disfraza a menudo de hipocresía y de mundanidad. Todas estas cosas son contrarias a la misericordia. Los lemas del amor propio, que hacen que la misericordia sea algo extraño al mundo, son tantos y tan numerosos que con frecuencia ya no somos ni siquiera capaces de reconocerlos como límites y como pecados. He aquí por qué es necesario reconocer el hecho de ser pecadores, para reforzar en nosotros la certeza de la misericordia divina. “Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia”. Esta es una oración muy bonita. Es una oración fácil de recitar todos los días: “Señor, yo soy un pecador; Señor, yo soy una pecadora: ven con tu misericordia”»³⁰.

3. «Te he esperado día y noche»

Cada uno de nosotros tiene ahora la posibilidad de medirse con esta palabra autorizada del papa Francisco, que coincide con la de Juan Pablo II y Benedicto XVI, como ha afirmado este último. La «raíz del olvido de la misericordia» es la prevalencia de otros intereses. Los profetas nos descolocan siempre de nuestra posición. Pero nuestra esperanza es justamente estar disponibles a este reclamo.

Al releer estos textos no puedo evitar pensar en cómo, en una situación particularmente comprometida como fue el comienzo del 68, con la ocupación de la Universidad Católica (en la que participaron muchos seguidores de GS), don Giussani identificó la esencia de la cuestión en que no habíamos esperado a Dios «día y noche». Teníamos otros intereses y cosas más importantes que hacer que «esperarle día y noche». En cambio don Giussani, refiriéndose a esa situación, afirmaba sin vacilar: «También nos ha faltado la inteligencia de la situación y de las cosas que hay que hacer [...] porque [a Dios] no le esperamos día y noche». ¿Por qué? ¿Qué quiere decir que no le esperábamos? Significa que esperábamos otra cosa, que habíamos esperado otra cosa más que esto, es decir, que nuestro centro no era Cristo. «Por eso, en mi opinión, si le hubiéramos esperado día y noche, la actitud de los nuestros en la convivencia en la Universidad Católica habría sido distinta; ha

³⁰ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

sido muy generosa, pero, ¿en qué medida verdadera?». Para don Giussani, «la verdad de un gesto no nace de la sagacidad política», nace de «esperarle día y noche; si no fuera así, nuestro planteamiento se confundiría con el de los demás y se convertiría en un instrumento del planteamiento de otros. Podemos hacer nuestras cosas y asumir como paradigma, sin que nos demos cuenta, el de todos, el paradigma que ofrecen todos los demás. Nuestro planteamiento y nuestras acciones se distinguen porque le esperamos a Él día y noche»³¹.

No es cuestión de coherencia o de tenerlo todo claro. Porque podemos «esperarle día y noche» incluso en lo limitado de todas las acciones que realizamos, incluso dando por descontado nuestra propia poquedad. Es una cuestión de deseo, de espera. De hecho, siempre esperamos algo, lo deseamos, lo afirmamos como «último» en cada momento, «y lo afirmamos por el hecho de vivir cinco minutos»³²: si no es Cristo lo que esperamos, lo que deseamos, a la fuerza es algo distinto. Pero eso significa que nosotros esperamos el cambio de las cosas, de la situación –personal o social– de este algo distinto, y no de Cristo, del encuentro vivo con Él, de la comunión con Él, de la edificación de su presencia en el mundo. El problema no es la inmadurez de nuestras tentativas, sino si la espera de su presencia es el punto del que surge nuestra acción.

«Quizá no nos lo decimos explícitamente [decía también Giussani en noviembre de 1967, en esa misma ocasión], pero deseamos otra cosa más que esto. No se trata de un principio –daos cuenta–, no se puede afirmar solo como principio una vez, debe ser un principio que recuperamos todos los días. Debe ser un *habitus* mental, debe ser una mentalidad. Debe implicar todo, lo justo y lo injusto, el mérito y el error, el día y la noche: “Te he esperado día y noche”. En este sentido, os pido por favor que penséis que, en el fondo, el origen de todo –ya sea el origen de una posible traición o el decaer en la espera, o el hecho de que este deseo no cree un *habitus* mental, una mentalidad– deriva de que nos tapamos los oídos ante la profecía que se nos hace. Porque Dios envía a los profetas para reclamarnos. La vocación se da siempre a través de la profecía, a través de la voz de un profeta, siempre. ¿Comprendéis que en la raíz se halla –y de este modo se concreta, sin banalizar el deseo, el “Ven” del que hablábamos antes– un no escuchar nuestra comunión? Porque el grupo es la profecía, es el punto de reclamo, es el lugar del reclamo. Aquí está la raíz amarga, podrida. Y extrañamente esta es la posición equívoca que podemos tener incluso con respecto a esto; porque valorar el grupo no es valorarlo sentimentalmente, no es valorarlo porque estamos codo con codo, porque nos damos calor unos a otros, sino valorarlo como discurso»³³, es decir, como juicio.

³¹ Archivo Histórico de la Asociación Eclesial Memores Domini, *Documentación audiovisual*, Retiro de Adviento del Grupo adulto, Milán, 19 noviembre 1967; cf. A. Savorana, *Don Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 417.

³² Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 87.

³³ Archivo Histórico de la Asociación Eclesial Memores Domini, *Documentación audiovisual*, Retiro de Adviento del Grupo adulto, Milán, 19 noviembre 1967.

Don Giussani no ha hecho más que reclamarnos constantemente a que esperemos al Señor día y noche, porque es lo esencial para vivir. Cuántas veces nos ha reclamado ante el continuo decaer, ante nuestras oscilaciones, ante nuestra confusión o nuestra traición: «Amigos, para entender qué es la traición tenemos que pensar en nuestra propia distracción, porque es una traición pasar los días, las semanas, los meses... por ejemplo, ayer por la noche, ¿cuándo hemos pensado en Él? ¿Cuándo hemos pensado en Él seriamente, con el corazón, el mes pasado, en los últimos tres meses, desde octubre hasta ahora? Nunca. No hemos pensado en Él como pensaban en Él Juan y Andrés mientras le miraban hablar. Si nos hemos preguntado por Él ha sido por curiosidad, por análisis, por exigencia de análisis, de búsqueda, de aclaración, de claridad. Pero pensar en Él como uno que está enamorado piensa en la persona de la que está enamorado (¡incluso en este caso es muy raro que suceda porque todo se calcula en función del interés!), de forma pura, de forma absoluta y totalmente desprendida, como puro deseo de bien... ¡tanto que si el otro no te lo reconociera, tú alimentarías todavía más el deseo de su bien!»³⁴. ¡Qué raro es que pensemos en Él como en una presencia presente, amada! Sería suficiente con que nos comparásemos con los discípulos los días posteriores a la Pascua, después de ver al Señor resucitado: ¿qué dominaba en su pensamiento, qué prevalecía en su mirada? Estaban completamente dominados por una Presencia que les quitaba el miedo y la tristeza. Me ha escrito una persona: «He leído por casualidad esta carta sencilla de Emily Dickinson a una amiga. Me ha impresionado porque he percibido que describía muy sucintamente la nostalgia de Cristo: “Morning without you is a dwindled Dawn” [Sin ti la mañana es un alba empequeñecida]. En medio de toda la confusión, solo el afecto por Él cambia la vida, y sin Él la vida tiene menos gusto – *a dwindled Dawn*»³⁵.

Decía Giussani en 1982 a los participantes en los primeros Ejercicios de la Fraternidad mirando los rostros de muchos de los presentes, pensando en la frescura del encuentro que les había conquistado y llevado hasta ahí: «¡Quién sabe si nos conmovemos ahora como nos conmovíamos en Varigotti...!». Y proseguía: «Os habéis hecho adultos: mientras que demostráis vuestra capacidad en vuestra profesión, existe –puede que exista– una lejanía con respecto a Cristo (con respecto a la emoción de hace años, sobre todo de ciertas circunstancias de hace años). Es como si el corazón estuviese lejos de Cristo»³⁶.

¿Y nosotros? ¿Advertimos la urgencia de ser perdonados, abrazados de nuevo por todos nuestros errores, por nuestra distracción, por el olvido connivente que invade nuestros días, por nuestra traición, por nuestra miseria? ¿Qué domina en nuestra vida –en nuestro pensamiento y en nuestra

³⁴ L. Giussani, *¿Se puede vivir así? Un acercamiento extraño a la existencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2007, p. 238.

³⁵ E. Dickinson, «April 1885, (L 981)», en *The Letters of Emily Dickinson*, edited by Thomas H. Johnson, Associated editor: Theodora Ward, Cambridge MA, the Belknap Press of Harvard University Press, 1958.

³⁶ L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», *Huellas-Litterae communionis*, febrero 2007.

mirada– en este periodo de confusión, de desconcierto? ¿Sentimos la necesidad de Su misericordia? San Bernardo lo expresa bien con esta frase: «El hombre empieza su verdad en el reconocimiento de su miseria»³⁷.

Pero el reconocimiento de nuestra miseria no es suficiente; marca el comienzo de la verdad de nosotros mismos, pero no es suficiente. De hecho, en muchas ocasiones, nos damos cuenta de lo insuficiente que es. Es necesario que alguien suscite en nosotros la necesidad de ser perdonados.

A esto nos llama el Año de la Misericordia, como ocasión para llegar a ser conscientes de que necesitamos que Él se incline sobre nuestra distracción, sobre nuestras heridas, para atraernos de nuevo, como a los discípulos después del desconcierto ante su pasión y muerte. Es como si necesitásemos lo que decía Dostoievski: «¿No desean ustedes castigarle terrible, amenazadoramente, con el más horroroso de los castigos que puedan imaginarse, pero al mismo tiempo salvándole el alma y regenerándole para siempre? Abrumen esa alma con misericordia, denle pruebas de amor y ella maldecirá su actitud precedente. Le estremecerá, le abrumará el remordimiento y la deuda inmensa que ha de saldar: ¿soy yo digno de tanto amor, lo he merecido realmente?»³⁸. Esto es lo que hace Dios con nosotros: nos «abruma» con su misericordia para que podamos llegar al final del año más seguros de esta misericordia, y así poder dar testimonio de ella.

Debemos crecer en la «convicción de la misericordia». Por eso nos conviene escuchar la voz del Papa, el profeta que Dios nos ha dado para guiar a su pueblo en este tiempo de grandísimos cambios. «Este Año Extraordinario es también un don de gracia. Entrar por esa Puerta significa descubrir la profundidad de la misericordia del Padre que acoge a todos y sale personalmente al encuentro de cada uno. Es Él el que nos busca. Es Él el que sale a nuestro encuentro. Será un año para *crecer en la convicción de la misericordia*. Cuánto se ofende a Dios y a su gracia cuando se afirma sobre todo que los pecados son castigados por su juicio, en vez de destacar que son perdonados por su misericordia (cf. san Agustín, *De praedestinatione sanctorum* 12,24). Sí, así es precisamente. Debemos anteponer la misericordia al juicio y, en cualquier caso, el juicio de Dios tendrá lugar siempre a la luz de su misericordia. Que el atravesar la Puerta Santa, por lo tanto, haga que nos sintamos partícipes de este misterio de amor. Abandonemos toda forma de miedo y temor, porque no es propio de quien es amado; vivamos, más bien, *la alegría del encuentro con la gracia que lo transforma todo*»³⁹.

³⁷ «*Primus veritatis gradus est, primum seipsum attendere, seu propriam miseriam agnoscere*» (San Bernardo de Claraval, *De gradibus humilitatis et superbiae*, PL 182 col. 948.

³⁸ F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Cátedra, Madrid 2001, p. 1075.

³⁹ Francisco, *Jubileo Extraordinario de la Misericordia: Homilía en la Santa Misa y Apertura de la Puerta Santa*, 8 diciembre 2015.

Debe crecer en nosotros la certeza de que la misericordia es la única respuesta verdadera a la situación del hombre de hoy, a la violencia, a las heridas, a las dificultades y a las contradicciones que tenemos que atravesar.

El Papa subraya de este modo la urgencia de la misericordia: «Sentir intensamente dentro de nosotros la alegría de haber sido encontrados por Jesús, que, como Buen Pastor, ha venido a buscarnos porque estábamos perdidos»⁴⁰. Y aclara que «este es el objetivo de la Iglesia en este Año Santo. Así reforzaremos en nosotros la certeza de que la misericordia puede contribuir realmente a la edificación de un mundo más humano. Especialmente en nuestro tiempo, donde el perdón es un huésped raro en los ámbitos de la vida humana, la referencia a la misericordia se hace más urgente, y esto en todos los sitios: en la sociedad, en las instituciones, en el trabajo y también en la familia»⁴¹.

Solo si alcanzamos esta certeza, que nos permite atravesar cualquier miedo, soledad, duda, podremos afrontar los enormes desafíos de este cambio inmenso con la única arma eficaz, el testimonio, finalidad última del Año Santo: «Es por esto que he anunciado un *Jubileo Extraordinario de la Misericordia* [...], para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes»⁴², como hizo Jesús con los discípulos.

«¿Es cuestión de ingenuos creer que esto pueda cambiar el mundo?». ¡Es como si el Papa se anticipase a nuestras preguntas! «Sí, humanamente hablando es de locos, pero “lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor 1,25)»⁴³. Es la misma convicción de san Pablo la que lleva al papa Francisco a decir a los obispos de México: «La única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia». Pero «si nuestra mirada no testimonia que ha visto a Jesús, entonces las palabras que recordamos de Él resultan solamente figuras retóricas vacías. Quizás expresen la nostalgia de aquellos que no pueden olvidar al Señor, pero de todos modos son solo el balbucear de huérfanos junto al sepulcro. Palabras finalmente incapaces de impedir que el mundo quede abandonado y reducido a la propia potencia desesperada»⁴⁴.

Dejemos que en estos días nuestro corazón se abra a esta misericordia escuchando y respetando el silencio, para que lo que escuchemos nos cambie y Su presencia pueda dominar en nosotros, como

⁴⁰ Francisco, *Homilía en las Primeras Vísperas del Domingo de la Divina Misericordia*, 11 de abril de 2015.

⁴¹ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

⁴² Francisco, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, 11 abril 2015, 3.

⁴³ Francisco, *Audiencia general*, 9 diciembre 2015.

⁴⁴ Francisco, *Discurso en el encuentro con los obispos de México*, Ciudad de México, México, 13 febrero 2016.

dominó en la vida de los discípulos después de la resurrección. Si estamos juntos es para sostenernos en esto.